

## **Entrevista con Aitor Barrenetxea, autor de *Muerte. Contemplando la dimensión trascendente***

### **El alimento del alma**

Una vez, escuchó una frase de Teresa de Calcuta: «Si quieres orar, tienes que aprender a escuchar, pues es en el silencio del corazón que Dios nos habla».

El silencio es una vela que te ilumina en las noches oscuras del alma de invierno.

Una vez, Aitor Barrenetxea (Bilbao, 1953) escuchó el silencio que menciona la madre de las Misioneras de la Caridad.

«El silencio es la meditación, la introspección, mirar adentro. Yo hablo de una escucha activa más que de silencio cuando me refiero a quienes sufren y necesitan apoyo», deja caer Aitor, autor de *Muerte. Contemplando la dimensión trascendente* (Ediciones Carena, 2018).

El silencio es el pábilo de una vela que se consume durante un apagón.

Tan alto como el jugador de baloncesto Juanma López Iturriaga, tan saleroso como el presentador Juan y Medio y tan expeditivo como el locutor Carlos Herrera. Los parámetros que describen a Aitor Barrenetxea podrían ser estos o bien otros distintos: la suma de las luces de Voltaire (*Tratado sobre la tolerancia*), del ecofeminismo de Vandana Shiva (*¿Quién alimenta realmente al mundo?*) y de la profundidad del maestro de la iluminación Eckhart Tolle (*El poder del ahora*).

El silencio es una lluvia fina que no llega a tocar el suelo.

En *Muerte. Contemplando la dimensión trascendente* el autor cuenta cómo acompaña a las personas en su último suspiro: es una oportunidad para la transcendencia, el «alba del conocimiento», la conexión de uno con uno mismo y ver que el yo es siempre compartido.

Él lo explica mejor: «Al final, yo me doy cuenta de que tú eres yo».

Si yo soy yo y soy tú, tú soy yo, así que es un ser espiritual tan grande como una colmena de nichos celestiales en la que cada panal es un alma abierta, transparente.

«Somos algo más grande, yo no soy *eso* que piensa [una mente, un ente, un personaje], sino algo más profundo.»

El acompañamiento a enfermos terminales ayuda a las personas que sobrellevan la muerte a que puedan mirarla de cara y sentir la paz profunda que les falta. Ir de la mano de la muerte no es más que la presencia amorosa de la vida, aunque parezca un contrasentido. Sentirnos para vivirnos para morirnos.

En el prólogo de *Muerte*, el teólogo y antropólogo Javier Melloni (*Los ciegos y el elefante*) da las claves necesarias: «Aprender a morir es aprender a vivir, porque la vida está hecha de muertes continuas».

El silencio es una quietud, un reposo sereno, una tregua.

Sigue Aitor: «Me di cuenta de lo mal que se lleva el dolor emocional, de cómo negamos el dolor emocional. La sociedad es cada vez más infantil: maquillamos la realidad, tapamos lo que no queremos ver», se percata, y se apoya en su experiencia, años de duelos compartidos: «De ahí, de esa negación del dolor, es de donde vienen tantas adicciones».

El proceso tóxico es conocido y fácilmente entendible: permisividad absoluta-concesión-consentimiento-fragilidad-vulnerabilidad-figuración-quimera-compra de sueños... hasta la Tozuda Realidad que Hace que Te Despiertes de Golpe, lo que deriva en frustración-repliegue-pastillas.

Para evitar las pastillas de colores, y para canalizar ese dolor existencial, hay que acoger las partes que duelen con un cuidado afectuoso. Para transformar la aflicción necesitamos de la presencia amorosa, y lo hacemos con la herramienta más precisa: la contemplación. Ver para creer para sentir para escuchar para no sufrir.

El silencio es una puerta abierta que deja pasar la góndola del aire.

«Recuerdo que estaba en California y que la chica con la que compartía piso no dejaba que utilizara el teléfono del salón. En su mentalidad, cada uno de los inquilinos tenía que tener su propio teléfono. El individualismo llevado al exceso da una sociedad cerrada», anota, sorbido por sus pensamientos sustanciales. La unión hace la fuerza: «La mañana siguiente a mi llegada a San Francisco, tras despertarme en el hostel, cansado por el *jet lag*, vi cómo, en la calle, una marabunta se dirigía a la manifestación contra la guerra de Iraq, la primera Guerra del Golfo [1991]».

En Estados Unidos, Aitor Barrenetxea colaboraría con la organización Shanti Project, con pacientes afectados por el sida, grupos de personas a punto de perecer. Ahí encontraría la vocación.

«Era la comunidad gay solidarizada por la causa, con mucha ternura, y a mí me aportaban inspiración», confiesa, uncido por la artesanía de su profesión, amalgama de palabras azules y finos silencios.

El silencio es una luz, es una percepción, es la energía en quietud y movimiento. Dios está en silencio.

Aitor: «El silencio es aquietar la mente, respirar acompasadamente, algo que hace que se diluya hasta el cuerpo».

En palabras del sabio sufi Rumi:

«El silencio es el lenguaje de Dios, todo lo demás es una mala traducción».

El alimento del alma.

*Jesús Martínez*